

Domingo Melfi D.

El extraño caso del escritor Almeida



UNCA pudo saberse a ciencia cierta cuáles habían sido los móviles que arrastraron al suicidio al escritor tan conocido que firmaba sus obras con el seudónimo de Martín Almeida. Los más cercanos a él, en amistad, sospecharon de una enfermedad nerviosa que lo atenazaba desde hacía algunos meses y que había modificado profundamente su carácter, de ordinario tranquilo, y seguro de sí mismo.

Hubo algunos que aseguraron que Almeida había sido la víctima de un desgraciado descalabro amoroso. Pero los que conocíamos su temperamento y su manera de ser negamos sistemáticamente el hecho. El suicidio por amor se produce en climas más pasionales que el nuestro y no existen elementos suficientes de comprobación para creer que este hombre se sintiera impulsado a una determinación semejante. Almeida poseía una rara virtud, la de controlarse con absoluto dominio, y la edad que atravesaba, más o menos 45 años,

no era la más apropiada para un acto de esa naturaleza. Almeida había tenido años atrás, una fuerte pasión por una mujer casada, que luego desapareció de su lado, con motivo de un viaje a Europa. Fué un episodio temerario y algo romántico y que dió mucho que hablar en los círculos inmediatos al escritor. Esta mujer, bellísima, por lo demás, quiso provocar una situación de hecho pidiendo la nulidad de su matrimonio para casarse con Almeida. Este se negó diplomáticamente a acceder a lo que ella solicitaba. Siendo un hombre de tan marcada personalidad, no se atrevió a dar un paso tan decisivo. Tuvo miedo no a las consecuencias si no de sí mismo. El escepticismo roía ya su corazón atormentado por dolorosas eventualidades.

En verdad nadie conocía la vida íntima de Almeida. No siempre la publicidad es un vehículo apropiado para conocer la existencia profunda de un hombre de letras. Parece ser que, a menudo, lo que se muestra en cuestiones amorosas, en la superficie, es lo que menos se parece a la verdadera complejión espiritual del escritor. Y Almeida era hombre reservado con exceso en lo que se refería a sus episodios de amor.

Tenemos razones para asegurar que nada tuvo que ver el amor con este doloroso suceso que conmovió tan hondamente los círculos literarios.

Almeida se había formado un renombre auténtico y tenía una firme conciencia de sus deberes. Su vida transcurrió sin que nadie pudiera echarle jamás, en cara ni la más ligera sombra de una sospecha. Estaba edu-

cado en una escuela de responsabilidad y si algunos hombres de su profesión intentaron morderle algunas veces, siguiendo más la costumbre que una verdadera convicción, pronto se dieron cuenta del error en que habían caído. Casi siempre los móviles que conducen a otros a expresarse mal de un escritor, derivan de pequeños rencores alimentados en la lucha continua de los grupos y fracciones. Almeida se cuidaba mucho de emitir opiniones, allí, donde sabía que bajo la superficie existían sospechosas zonas vacías.

Pero es imposible evitar los resquemores y las miserias. En un ambiente tan reducido, para la creación artística como es el nuestro, vivir en función del arte constituye un prolongado heroísmo. Es necesario armarse de una gran paciencia para no caer envuelto en la ráfaga de la desesperación. Al escritor se le niegan sistemáticamente todas las virtudes, porque el medio social, educado para la mediocridad, no concede sino un precio muy módico a los que se sacrifican en ésta para él, estéril tarea de escribir o de producir acercamiento emocional entre los hombres de más variada condición. Con excepción de algunos pequeños grupos selectos, para los cuales el arte, en todos sus formas, constituye una muestra de la perfección de la naturaleza humana, el resto permanece indiferente y a veces hostil a los hombres de letras. A menudo son los propios compañeros los que dan la razón al ambiente, suscitando sucesos desagradables de competencia pueril o de pequeñas batallas de amor propio herido. Y como el arte de es-

cribir, supone, además, el arte de superarse siempre o sea el arte de alcanzar mayor cultura que la general, los que no se cuidan de evitar que los mediocres le crean petulante, pronto sufren las consecuencias del error.

Almeida decía cuando nos reuníamos para dar algunos paseos por los sitios más inverosímiles de la ciudad y cada vez que venía al caso: «Tenemos que encubrir nuestros pensamientos y lo poco que hemos logrado en sabiduría, en las conversaciones con gente del oficio y con la que no lo es, porque luego nos tildan de pretenciosos y de insoportables. Yo siento a veces un verdadero tedio, una profunda distancia de los hombres, nada más que porque para el mayor número no somos otra cosa que sujetos desagradables. Hay que conversar como todos o aislarse».

En los medios de escasa o nula tradición intelectual, todo esto es posible y es además natural, pues la tendencia se orienta a nivelar a los seres humanos. La tradición espiritual, la que se ha forjado en largas y tenaces paciencias, después de heroicos esfuerzos y de profundas reflexiones, dando la espalda a los intereses materiales, confiere un sitio preponderante a los que entregan su vida a la tarea del pensamiento o del arte. Para esta tradición existe la huella del esfuerzo común, el sentido ennoblecido de la vida. No se rechaza lo que no se entiende, porque no esté al alcance de nuestra percepción, sino que se le respeta porque es la muestra del desarrollo evolutivo y de la perfección que el espíritu

ha logrado en su desenvolvimiento. Pero, desgraciadamente, nuestros medios han estado desprovistos de heroísmo espiritual. Dieron suprema importancia al factor dinero, y comprometieron temerariamente su vida futura. El hombre del siglo actual es un despojo roído por preocupaciones exclusivamente materiales. Si se vuelve la vista a un lado no se encuentra sino mediocridad material, y la voluntad en raras ocasiones ordena sobre algún acto que supere a los apetitos. Si la vuelve hacia el otro tropieza con idénticos desmanes. Y en tal eventualidad no hay percepción colectiva para la obra del artista o del hombre de pensamiento.

La tarea del escritor es aniquiladora; lo es quizá, más que otra cualquiera. Pero se ha convenido en que es la tarea del ocio y de los placeres. Una concepción antigua, alimentada en sucesivos errores de comprensión, ha querido ver siempre en el artista al sujeto incapaz de voluntad, dominado por los fáciles placeres que franquea una existencia sin responsabilidades. Se cree que todo favorece al escritor. Las mujeres lo imaginan como un hombre conquistador, como un ser cuyos amores múltiples y sorprendidos no le producen sino delicias. Pero ignoran sus penurias íntimas, sus largos y difíciles aprendizajes, su gimnasia continua para lograr siquiera en parte, la facilidad o la claridad de que más tarde disfrutaban los lectores. Le es preciso estudiar sin descanso, revolver libros y papeles, investigar muchas curiosidades que no están siempre al alcance de la mano. De ordinario, debe hurtar horas a los place-

res para entregarlas al estudio. Abandonar los deleites que un hombre cualquiera se procura, con menos dificultades, porque su tarea normal y vulgar no le obliga a ser consecuente consigo mismo. Pero el escritor o el hombre de pensamiento, está obligado a no dejarse vencer por la indolencia o por el ocio, porque eso sí, sería la muerte prematura. El arte no descansa jamás en la exigencia de la substancia espiritual. Hay que alimentarlo si es que se quiere ser en verdad un trasmisor de ideas y de sensaciones o de pensamientos superiores. Para suscitar reflexiones rápidas o lentas, en un lector, ha sido necesario, antes, devorar largas y enormes jornadas escritas, y efectuar una operación parecida, en todo, a la que ocupa la atención de un cincelador de piedras preciosas. O quizá parecida a la del que da consistencia a un raro perfume con la elaboración y la destilación de variados elementos químicos.

Es Gauthier el que señaló en el rostro de Baudelaire, los surcos profundos grabados después de las tormentas que padeció en su vida creadora. Cuando llegó a ser un poeta ya aureolado por la fama, sólo restaba de él esa máscara dolorosa en la cual se había señalado, con más vivencia que las otras, la mueca de una lamentable ironía. Había sufrido intensamente, en todo cuanto puede sufrir un ser sensible, y sólo quedaba de él el despojo glorioso que pronto sería derrumbado por el mal. Los que le habían conocido de antes no le reconocían más tarde. Parecía otro rostro distinto, otra figura macerada en filtros desconocidos.

Almeida, a los cuarenta y cinco años, daba la impresión, en ciertos días, de un hombre agotado por los placeres. Y sin embargo, su vida había sido siempre normal. Por lo menos nadie podía decir de él, como en ocasiones lo dejaron entender, que pasaba su tiempo en francachelas. Almeida había creado una obra de profunda calidad, sostenida por una sensibilidad magnífica y alta. Para llegar a producir lo que produjo, necesitó soportar en silencio, veinticinco años por lo menos de padecimientos, inconcebibles para el común de los mortales. Los que le conocieron superficialmente dirán que esto es una paradoja o una aseveración antojadiza. No hay tal. El sufrimiento tenía sus raíces dentro del espíritu del escritor, porque no se adquiere impunemente una cultura ni se la domina con el solo expediente del deseo. Es quizá la única tarca en que para alcanzar una brizna de perfección, es necesario no descansar jamás ni aun cuando se cree que se ha logrado el dominio de los instrumentos de trabajo. Almeida, para escribir su libro *La Vida de los Gañanes* tardó varios años. Recorrió todo su país, en los días de descanso, cuando se lo permitían sus vacaciones. Almeida desempeñaba un puesto en una oficina ministerial y en tiempo de feriado, solicitaba de su jefe—hombre comprensivo, si los hubo—algunos días más de permiso con lo cual enteraba siempre un mes. Este mes le servía de descanso y de estudio. Pudo así recorrer en cada verano distintas regiones de Chile, que de otro modo jamás hubiera conocido. En esta obra fundamental para

el estudio de la vida de su país, se encuentran las observaciones más ricas y certeras sobre el carácter chileno y un análisis a fondo de las realidades humanas. A su regreso, al final de las vacaciones, al puesto que ocupaba, comenzaba la labor de ordenar los apuntes y trazar los esquemas de su futura obra. Esta operación la cumplía por las noches, cuando volvía a su casa, después del trabajo ordinario con el cual debía afrontar las contingencias económicas de él y de sus hermanas que con él vivían.

Almeida había visto con exceso las condiciones miserables en que vivían los hombres del pueblo. Se acercaba a ellos como un amigo y pasaba en sus viviendas algunos días. Se internaba a veces en la cordillera, a lomo de mula o de caballo y hacía largas jornadas por las sendas abruptas, buscando motivos vivos y documentos humanos. Aun cuando estaba convencido de que sobre él caería el silencio o, en su defecto, algunos elogios fugitivos, cuando no torpes incomprendiones y a menudo hirientes sarcasmos de quienes conociendo el valor de lo que realizaba, no querían reconocerlo públicamente, persistía en su labor, pues tenía la conciencia profunda de la misión que debía cumplir. Sin vana jactancia, porque era un real hombre, no trepidaba en sostener a costa de duros sacrificios, esta voluntad de acción que le permitía cumplir fielmente con los deberes que se había impuesto.

Pero le era imposible sustraerse a los comentarios malévolos. Le llegaban sin él solicitarlos, como si rea-

lizaran rodeos estratégicos, hasta dar certeramente en el blanco. Dejaba que pasaran, pues su naturaleza humana era superior a los desengaños y a las supercherías en que tan fértiles suelen mostrarse los devorados por la envidia.

No se conocieron los móviles que le indujeron al suicidio. Es cierto. Los diarios que dieron la noticia con largas necrologías y artículos laudatorios, lamentaron la brusca tragedia, hicieron algunas reflexiones poco humanas y cesaron luego en sus comentarios. De todas estas publicaciones se desprendía la sospecha de la mala situación económica o bien, la de un doloroso episodio amoroso.

Es inexacto. El drama de Almeida es superior a la mediocridad ambiente. Es posible que el sujeto llamado normal se suicide por malos negocios o por mantener una situación de honor, manchada, de pronto, por un suceso del cual es él, el único culpable. Pero estas circunstancias son raras. Nadie se suicida hoy por pérdidas de dinero o por situaciones penosas que pueden mantenerse un tiempo, y que descubiertas al fin, obligarían al actor a eliminarse voluntariamente. La relajación de las costumbres y el imperio desmedido del materialismo, imponen una tónica y un sentido distintos a la vida. De igual manera el marido burlado, que antes tomaba represalias violentas, o que humillado por el deshonor, se sentía reducido a una simple bazofia humana, tampoco afronta hoy tal determinación. La prudencia es el antídoto más socorrido y el cálculo ejerci-

ta un dominio absoluto sobre el hombre dándole apenas, tiempo para encerrarse un momento en su casa a lamentar lo ocurrido.

Tal vez, Almeida, fué una víctima del mismo ambiente desarticulado por la descomposición política y social. Nunca se llegará a comprender claramente este proceso obscuro y, sin embargo, lleno de relámpagos clarificadores, que llevó como de la mano hasta la catástrofe, al célebre escritor y le obligó a colocarse la punta del cañón de su pistola sobre la sien, que ya espolvoreaban de ceniza las primeras hebras grises de su cabellera.

Fué, indudablemente, una mala partida del escritor. ¿Tuvo miedo o quiso ser consecuente consigo mismo? ¿Era tan profunda la herida en él abierta por los torpes residuos de la bajeza moral ambiente que no le permitiera esperar a que cicatrizara, por un acto heroico de su propia voluntad? No dejó sino una carta para su hermana Luisa, a la que quería entrañablemente, por lo mismo que era muy desgraciada. Había sido abandonada por el marido y vivía éste, a la sazón, con otra mujer. Ella se refugió en casa de Martín, su hermano y allí encontró, poco a poco, la tibieza que le había faltado en la suya. La hermana guardó la carta sin revelar jamás su contenido. Nunca quiso mostrarla, y las pocas veces que insistimos, en nuestras visitas al hogar en el que aun flotaba, vivo y poderoso, el recuerdo de ese hombre, se excusó diciendo que la voluntad última de su hermano había sido ésa: no mostrar a nadie la carta.

Estamos obligados, pues, a trazar por nuestra cuenta el proceso, rastreándolo a través de los recuerdos, de las conversaciones que con él sostuvimos muy a menudo, de su obra misma y de las circunstancias que rodearon su vida. Es lo que estamos viendo manera de esclarecer, sin que podamos decir o sostener que nuestra palabra sea la más verdadera o la más exacta. Es probable que nos equivoquemos y es probable también que en algunos aspectos de su existencia demos con alguna interpretación certera. No podríamos afirmarlo.

La naturaleza humana tiene complejidades muy profundas e inextricables, por más que el ambiente nuestro no sea muy favorable a la sugestión metafísica. Carecemos de esa atmósfera espiritual dentro de la cual los hombres aparecen sostenidos por hondas preocupaciones de carácter filosófico. La exterioridad superficial, la vanidad constante, la frivolidad siempre aguda que domina, impiden la existencia de seres en los que el desgarramiento interno y doloroso se produce a causa de complejas reacciones de carácter espiritual. No es tan sensible la vida interior para que las contradicciones exteriores lleguen a provocar el renunciamiento total a la vida, o den consistencias a esos seres delicados y profundos en los que cualquier accidente externo repercute con aguda resonancia. No hemos producido sino seres nivelados y conformes con las aberraciones que a diario se comprueban. Hay una complicidad obscura entre el hombre que aplasta todos los escrúpulos para lograr el éxito y el medio en que actúa.

Uno y otro se defienden y se amparan. El estilo, la línea moral de la conducta, apenas tiene cotización y sólo merecen homenajes, aquéllos que han sabido vencer todas las contingencias de la suerte, bien en negocios de turbia procedencia, bien en combinaciones políticas subalternas. Estamos dominados por el círculo de hierro de la materia y hemos ahogado casi deliberadamente todo envión romántico. Lo romántico siempre nos causa risa, porque no lo consideramos en lo que representa, es decir, un salto hacia lo mejor, un deseo frenético de superación, un ansia de satisfacer lo que soñamos en el orden espiritual, sino como un enrarecimiento de las condiciones prácticas para vivir. Todo romántico es pura y categóricamente un infeliz que se queda atrás en el camino y se pone a contemplar la luna o el paisaje. Por eso, cuando vemos a un hombre en una alameda, mirando hacia la luna, con un aire ensimismado, no decimos que es un romántico o un soñador, sino un sujeto al cual le queda un plazo angustiado para pagar una letra o un documento bancario y está ahí, en esa noche clara, buscando en las potencias celestiales la solución para su «caso». Con premeditación hemos marcado con el sello del ridículo, las exteriorizaciones con las cuales un espíritu turbado por la belleza, muestra el gozo que lo domina.

Por estas razones, los hombres que se dedican a la tarea de escribir están solos. Participan de esa luminosa soledad que no concede sino satisfacciones de orden espiritual y que siempre chocan con las realida-

des externas. Nadie comprenderá esta tragedia de la soledad en medio del bullicio y de las comodidades que franquea la existencia. A nadie podrá ocurrírsele imaginar que en el fondo de esos artistas existe un drama intenso y agudo. Están obligados a ser como todos, a vivir como todos, pero no pueden pensar como todos. Esta única salvedad limita, estrellándolas, las posibilidades del entendimiento con los demás hombres.

Sin embargo, no viven como todos. La vida no es en ocasiones la correspondencia ni de ligeras comodidades materiales. Viven muchos en mala forma, en medio de estrecheces heroicas, condenados al suplicio de sentir que la injusticia es, en el fondo, la lógica de la vida. Cada sueño transformado en creación literaria, lleva una marca oculta, una gota de sangre, un rasguño imperceptible que denota el paso del sufrimiento. Cuando más puros parecen los pensamientos más profundos han sido los desengaños que se producen al chocar con las realidades contradictorias.

El hombre llamado normal no entiende esta dualidad que marcó ya la frente de los soñadores, con el signo de un misterioso pesar. A veces la sola insinuación de un estímulo bastaría para alegrar la vida íntima de uno de estos forzados, a los cuales la negación agría y exaspera el carácter.

Almeida comenzó casi de niño esta lucha atroz que nunca sale a la superficie, refrenada, de ordinario, en el fondo del espíritu por un pudor que no entenderán

nunca los seres denominados «prácticos». Si es verdad que la creación artística sólo es posible lograrla al precio de un gran dolor como querían los poetas de la generación romántica, no es menos cierto que en los tiempos actuales el proceso se bifurca por las mismas sendas ásperas y desapacibles de siempre. Quizá en Europa sea posible a los escritores lograr compensaciones más de acuerdo con sus capacidades. Entre nosotros tal anhelo es, sencillamente, una empresa difícil.

En Europa, la tradición forjada en siglos de perfección intelectual, separa la actividad y los caminos que conducen a la glorificación de los otros que llevan a los simples éxitos materiales. Es más lógico el estímulo, porque la sociedad está formada por un número mayor de elementos cultos y el nivel común resuena mejor con el golpe de la conciencia artística. En nuestros medios, de precaria tradición, como ya hemos dicho, desposeídos del sentido del respeto hacia los que trabajan en empresas intelectuales, la resonancia no se produce sino tardíamente y en forma apenas perceptible.

La vida de Almeida fué tan lógica como su destino, si hemos de atenernos a esta verdad. Contrarió la voluntad de sus padres que le señalaron los obstáculos insalvables que se oponen al escritor. Con el presentimiento que se ha nutrido en experiencias, en lecturas y en ese intercambio de las impresiones que se establece tácitamente en la sociedad, ellos quisieron defen-

der en el adolescente, tan inexorablemente arrastrado por el signo de los alucinados, la vida que les parecía en inminente peligro. Pero todo fué inútil. Contrariar un destino es quizá la empresa más difícil que pueda afrontar la voluntad de un hombre. El destino se consume en hondas luchas, en sucesivos avatares que trenzan cada vez más poderosamente la voluntad y la sangre, y le impelen a seguir el camino ordenado por un misterioso designio. El padre de Almeida caviló mucho; manifestó como pudo su contrariedad por esta vocación de su hijo y acabó por resignarse ante lo inevitable.

Una vez nos confesó Almeida sus desalientos. Estábamos una tarde en el Santa Lucía, encima de la ciudad tan espectacularmente extendida. Una tarde luminosa de primavera. La recordamos como si fuera ayer. Había publicado hacía poco su novela *La Batalla* y se encontraba envuelto en esa insatisfacción que sucede a la publicación de un libro. Nadie se había preocupado de él y parecía que el aire mismo estaba en contra del autor. Sentía con acritud la soledad, como si esta soledad exasperada, le hiciera comprender el sarcasmo de su inútil entrega espiritual. Cada gesto de los hombres le molestaba y cada expresión le parecía una ironía velada o sangrienta. Y nadie sabía, lo que ocurría en el fondo de su corazón ni los que pasaban cerca de nosotros, ni los seres que él encontraba a diario por la calle. Pero la sensibilidad alerta trabajaba a una presión desacostumbrada.

La fe que había puesto a esa novela, se convertía en un desapacible y hosco deseo de huir de todos, hasta de sí mismo. ¿No la habían leído? ¿O quizá la habían encontrado vacía de interés?

—¿Ve Ud. mi amigo? No tenemos estímulo alguno en nuestra tarea de forzados. Hace ya más de un mes que publiqué esta novela y nadie ha dicho una palabra. Es para desilusionar al más fuerte. Me conoce Ud., y sabe cuán poco me duelen estos silencios. Pero ahora, ahora que he trabajado como nunca, que he puesto en esta obra todo mi entusiasmo, toda mi sangre, toda la sinceridad de que uno se siente capaz, no ha caído sobre mí, más que silencio, olvido. Es para desesperar y mandar al diablo esta literatura que no nos sirve para otra cosa que para desengaños y amarguras. Aquí no leen sino libros extranjeros y a nosotros nos creen pobres y oscuros imitadores, muy por debajo del modelo.

—Hay que tener paciencia—le respondimos—porque no siempre es fácil esperar un juicio rápido. Se lee lentamente, no hay esa curiosidad inquieta de que gozan los europeos frente a los libros y salvo muy escasas personas, el resto lee los libros nacionales, tarde, mal y nunca. Pero un libro tiene su destino...

—Sí, interrumpió — el de quedar sepultado bajo montañas de papeles impresos, debajo de otros libros que se van acumulando sobre los mesones o en las bibliotecas o en el escritorio de los pocos que leen. Voy a darle un dato: Un día me acerqué por curiosidad a un remate de libros. Iba dispuesto a comprar algu-

nos. Me puse a revisarlos y de pronto tropiezo con uno mío. Estaba cerrado aún. Lo abrí, y ¿a que no adivina Ud. qué cosa encontré? Pues mi propia dedicatoria a un amigo. El libro estaba tal como lo regalé y sin que el interesado se hubiera dado ni siquiera el trabajo de abrirlo. Había sido enviado al remate junto con los libros que no se leen o con los que carecen de interés. Aquello me causó sinembargo menos molestia que este silencio, porque al fin se trataba de un fenómeno de extraordinario humorismo literario.

Y no había para qué molestarse. A lo sumo se prestaba para algunas reflexiones irónicas. Ahora es distinto. Los escritores hemos realizado ya una labor y no es posible que se nos deje solos, en medio de la indiferencia general. Es darle la razón a los imbéciles.

—Los imbéciles están siempre en mayor número,— agregamos por vía de consuelo. Siempre tendrá mayor importancia un jugador de pelota que un buen escritor. Será más considerado por la prensa o por los grupos sociales un sujeto que realiza una buena operación financiera que un hombre que ha quemado sus pestañas durante treinta años en la tarea improductiva de escribir. Y si la organización espiritual de esta sociedad fuera en verdad lógica y humana, o mejor, generosa y culta, podría llegar a considerar ambas cosas en un equilibrio más armónico. Desgraciadamente entre nosotros, el fiel de la balanza, hace tiempo, está cargado hacia el platillo con dinero.

Sufría Almeida estas fricciones dolorosas, no tanto porque su vanidad de escritor, completamente lógica por lo demás, se sintiera herida, sino porque consideraba que la labor del arte era en verdad una cosa muy seria, y su función, necesaria en una sociedad en la que la vida sólo estaba dedicada al triunfo del mediocre. En esta antinomia irreductible, radicaba gran parte de la irritación y del descontento que padecían los hombres de pensamiento. Mientras éstos debían afrontar sin éxito las contingencias brutales de vivir en permanente peligro, el resto podía obtener seguridades que le hacían más sólido el porvenir. Almeida que tenía motivos para considerarse un hombre con sólidas cualidades había sido postergado muchas veces en su carrera burocrática. Él comprendía que su pasión de escribir había sido el oculto enemigo que llevaba adentro. Sus compañeros de oficina le miraban de reojo, con cierta superioridad. Los que estaban más altos que él podían mostrar el orgullo de una situación más holgada que la de ese escritor del cual habían hablado los diarios algunas veces y cuyas fotografías publicaban las revistas ilustradas. «¿Y si tiene tanto talento, parecían decir aquellas miradas furtivas, como es que no logra una mejor situación?». No había encono, ciertamente, en esas miradas. No eran golpes malévolos ni reflexiones hirientes. Era algo peor que eso: era la naturalidad del hecho establecido, la conformidad de las cosas inevitables, trenzadas así, después de largos años de hábitos y tradiciones.

La idea jerárquica ha perdido su significación. Por lo tanto no es posible establecer nunca, a menos que se modifique el concepto general, una escala consciente de los valores intelectuales. Esta ausencia de jerarquía, produce amargas consideraciones en quienes están obligados a padecer sus efectos indirectos y a menudo, sorpresiva o brutalmente directos.

La conciencia de un escritor se forma en el estudio incesante. No es preciso creer que sea un genio o algo de calidad suprema. Es un hombre. Un hombre cuyo corazón ha sido tocado por el golpe misterioso de una como varilla mágica. Este corazón labra en la obscuridad galerías profundas de comprensión. Tiene la poderosa fuerza de la intuición, con la que marcha siempre como un iluminado. Entiende de pronto cuestiones que parecían inextricables. Se adelanta a veces a los sucesos o por lo menos hace funcionar en su cerebro ese mecanismo fino por medio del que ha sido posible que brotaran en el mundo las páginas que aun se leen con emoción, y en muchas de las cuales todavía la humanidad abreva su sed inextinguible de belleza o de saber. Lo que el vulgo denomina «pérdida de tiempo» no es más que la preparación para un tiempo de provecho. Pero es necesario sin duda, no herir la sensibilidad de estos seres con el escarnio y la bafa.

Muchos se pierden en el torbellino, se destrozan las manos o se golpean la cabeza contra los barrotes de hierro de la incapacidad intelectual. Desaparecen tragados por el caudaloso torrente. Y nunca más se vuel-

ve a saber de ellos. No podría ser de otro modo ni sería posible que toda una columna de luchadores llegara, intacta, al lugar de su destino. Pero si es verdad que la vida selecciona y la naturaleza social confiere, aun a despecho de las negaciones, un sitio relativo a quienes han podido vencer en la prueba trágica, no es menos cierto que en nuestros medios, la desaparición de hombres valiosos, se ha debido a la sordera brutal del ambiente, a la sistemática indiferencia con que se les ha considerado en su heroica labor.

Almeida padecía como en carne propia con los sufrimientos de los otros. A cierta altura de la vida, se produce en algunos hombres un profundo sentimiento de solidaridad. La memoria regresa, en un viaje sin premura, y comienza a descubrir en los propios tormentos, el tormento de los que inician su bregar en la misma desesperada faena.

No habían cambiado los tiempos desde aquellos años en que Almeida comenzaba sus luchas. Los que ahora vivía, casi treinta años más tarde, eran iguales, si no peores. De suerte que el camino sobre el cual debían avanzar los nuevos, estaba tan duro y tan erizado de obstáculos como entonces. La modificación social había alcanzado únicamente a las capas políticas y a los organismos de obreros. El fondo de la conciencia colectiva continuaba cegado por los prejuicios, por el parasitismo inveterado, por la desconfianza, por la eterna negación y la fría indiferencia.

Es evidente, por lo demás, que en donde la vida

ofrece compensaciones de orden espiritual, el escritor encuentra una razón a sus desvelos y una justificación de sus sacrificios. Pero en un ambiente formado desde su nacimiento en el puro comercio o en la pura especulación política, constituye una gran tragedia el proceso de la formación intelectual de un hombre y su impulso en una dirección determinada. No conocemos sino los éxitos de quienes, en otros pueblos, lograron, por fin, una gran victoria y permanecieron continuamente fieles al honor y a la misión de que se sentían depositarios. Las contingencias penosas de los nuestros sólo venimos a conocerlas, cuando el escritor ha muerto o cuando la miseria física lo acorrala entre los despojos humanos de la sala de un hospital. Hemos visto morir a muchos en los hospitales. Rodaron insensiblemente, empujados por una ciega fatalidad. Los vicios de que se acusa a algunos, suelen reconocer en ocasiones como causa determinante estos largos y ásperos silencios que se producen en torno a la figura de un trabajador intelectual. Y luego porque la sensibilidad humana es incapaz de soportar, sin trizarse, la atmósfera de la crueldad simbolizada en el indiferentismo y la burla.

(Continuará).